

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

TRAS LA GARETA

Los cocodrilos aliados lloran y gimotean porque Alemania atiza y alimenta con nuevo combustible el espíritu de revancha, mientras ellos sobre esa fragua vierten el aceite, a fin de que esas llamas incendien toda la casa. Tontos, malvados, ciegos o locos, hacen todo lo posible para vejar al vencido, que en definitiva es el proletariado alemán, y no las clases altas ni medias, sembrando a manos llenas el odio. Fomentan el bajo patriotismo en el alma teutona y se planean a la par cuando ésta se manifiesta esporádicamente. Pero al ganir y pleitear planíderamente, se ríen bajo la máscara que llevan puesta. Son los pretextos para obrar draconianamente en nombre de una justicia fementida. Esta hipocresía, propia de la fiera que se disfraza con piel de cordero, es lo que repugna e indigna. Legalmente quieren perpetrar sus saqueos. No les basta con el despojo, además desean canonizarlo y santificarlo.

Mientras estos saurios en trance de jueces y árbitros del mundo europeo se desviven para enredar la madeja, las crisis existentes desde el armisticio marchan calzando botas de siete leguas. Ni una ha sido remediada y todas agravadas y empeoradas en un cien por cien. La crisis de la vivienda, de la desocupación, de las subsistencias, la crisis de las ideas, todas las llagas de la civilización moderna fueron exasperadas. La bancarrota del actual sistema es solamente cuestión de tiempo.

Como último recurso legal, según ellos, invocan el artículo 429 del tratado de Versalles, para no desocupar la cabeza de puente de Colonia. Hace tres meses más o menos que este asunto y la conferencia del opio vienen insinuando una cantidad tal de energías humanas que, de transformarse en fuerza motriz, podrían alumbrar y proporcionar calefacción a toda una ciudad. Causa estupor saber cuantos arduos se emplean, cuanta fuerza se malgasta en hacer las cosas mal, propiciando el desorden y el caos. Lo burgués es la confusión babélica, es el barullo de todas las doctrinas, de todas las teorías elevada a sistema de vida. Todos hablan y nadie se entienden, o fingen no entenderse, por subalternas conveniencias. ¿No es absurdo y criminal que un puñado de homicidas estén discutiendo cómo se envenenará o no, mediante los narcóticos, a los habitantes de un continente o de otro, sin llegar nunca a ponerse de acuerdo por causa de la rapacidad mutua? Tanto Inglaterra defendiendo a los productores de opio de Indochina, como Norteamérica intentando prohibir el consumo total del narcótico, persiguen los mismos fines.

Respecto a Alemania, los bandidos coagidos alegan que se hallan en el derecho de ocupar la Renania por el término de quince años, según lo fijan los artículos 428 y 429 del tratado de Versalles. Y agregan que se contemplaría la reducción de ese plazo siempre que Alemania cumpla fielmente las cláusulas de dicho tratado. Como hasta ahora no se observó esa fidelidad en el cumplimiento, ellos no se mueven de donde están.

Ya arbitrarán alguna trampa, ya se ingeniaron como tenderles algún lazo para que los alemanes no cumplan durante mucho tiempo las cláusulas con que se les grava.

Usan, estos aduaneros mayores, los procedimientos de la policía de investigaciones que, al soltar a un ratero, se las compone muy bien para que reincida y, definitivamente, se haga un cliente asiduo de ella, cobrando sueldos y fama a expensas de la perdición de un infeliz.

De lo que se puede deducir de hechos precedentes, tampoco a las potencias coagligadas les conviene mucho la honradez de su enemiga ni su fidelidad, ni que falten en el país, de vez en cuando, los desvarios bélicos que justifican las medidas coercitivas y la opresión super-legal. Por otra parte, los agentes aliados se encargan de atizar el fuego sagrado de las tendencias guerreristas, en caso que el partido nacional flaqueara.

Tras de la careta de esa "justicia" aliadófila se esconde toda la podredumbre de varios siglos de pillaje, vandalismo y depredaciones a los que no pueden renunciar sin suicidarse los actuales monigotes de todos los gobiernos, y cuya herencia pesa sobre esta civilización cual una losa de muerte.

Requiescat in pace...

El pueblo chileno añora la trampa. Sienten nostalgia por el palo que solía acariciarle los lomos. Desea el regreso del ex presidente Alessandri. Lo anhela con el entusiasmo que ponen las multitudes, las mujeres y los niños cuando el ídolo, el amante y el juguete no se hallan a su alcance. Veleidoso, la muchedumbre obra por el impulso de sentimientos sumarios y primitivos. Los agiganta con su mirada de buey. Dejó partir a Alessandri llorando como una mujer, y ahora, porque él huyó, le llama otra vez. Como los fuegos fatuos, que si se les persigue huyen, y si

les huyen ellos persiguen, la multitud tan pronto castiga como se arrepiente para volver a castigar, por segunda y tercera vez, retornando al arrepentimiento. ¿Será verdaderamente imprescindible el político chileno exiliado? El pueblo chileno tuvo por un momento su libertad en la mano y no supo qué hacer con ella. Triste constatación de la inmadurez de las mentes que no se consideran aptas para ser libres. Dudamos que en otras partes ocasiones semejantes fuesen desperdiciadas. Porque ni siquiera hubo un conato de rebelión libertaria. ¿Acaso la experiencia dolorosa de los años que estuvo en ejercicio Alessandri, encarcelando estudiantes, coaccionando sociedades obreras y conduciéndose como casi todos los políticos trogloditas de suramérica no les enseñó nada?

Frágil es la memoria de las colectividades para recordar agravios. Nunca se sienten bastante escarnejadas ni asaz brutalizadas. Cambian el sable por la tranca, por un hisopo, por un cetro, pero siempre necesitan un amo, un general, un reyzeño, un fomo, a semejanza de Lenin, para postrarse y envilecerse ante él, abdicando de todas sus prerrogativas de seres posiblemente libres. Se asombran de vivir sin que alguien les mande, les maltrate y les estruje como estropajos de cocina. Y no podía ser de otra manera. Desde la infancia, el palo, el insulto, la violencia del pater familia, les educó para ser verdugos o esclavos. Víctimas o victimarios era la futura carrera que les reservaba el destino. Los que se salvan de este ananké, si eran los fuertes de espíritu y generosos del sentimiento, serían los eternos perseguidos; ya que no existe individuo más disolvente que el que predica con el ejemplo, reprochándoles la maldad a los malvados, echándoles en cara su cobardía a los esclavos y despreciando la riqueza y los bienes terrenales. Verbigracia Ghandi y todos los apóstoles de la humanidad.

Por eso es tan árdua la tarea de los

antipolíticos, de los antiautoritarios, del anarquismo, en una palabra, que pretenden desarraigar de la conciencia humana el germen venenoso de la autoridad, engendradora de las mayores calamidades.

Efecto del miedo, el ídolo autoritario que se personificó en Jehová para el hombre primitivo, fué heredado íntegro por las generaciones modernas, que no pueden dar un paso sin que el terror, este miedo les siga como su propia sombra.

¿Y qué es sino miedo lo que le obliga al pueblo chileno a pedir en masa el regreso de Alessandri para que con el bastón de mando le siga acariciando los lomos de bestias extenuadas en cuyas pupilas bovinas se refleja el pavor de los pavores, el pavor de morir de hambre, el pavor de quedar solo, el pavor más grande de no poder pensar por sí mismos?

Requiescat in pace.

Moneda falsa

No se sabe bien si los ladrones engendran la policía o si ésta dá nacimiento a aquéllos. Probablemente la última hipótesis es la más probable y verdadera. Todavía no hay sabio que se haya pronunciado sobre el particular. Más cuerdo sería consultar a un discípulo de Caco.

¿Está verdaderamente interesada la sección investigaciones en la supresión total de las variadas manifestaciones producidas por los que viven al borde del código penal? No, absolutamente, no. Como el gusano hijo de la podredumbre, vive en ella. Si no existiera la delincuencia, la policía la inventaría. Se halla en su interés, y como nosotros no le discutimos el derecho de vida a nadie, los toleramos como a tantos otros parásitos más o menos dañinos.

Pero lo que nos causa ira es que al fomentar el vivero de la mala vida para su propia manutención, se ensañen con individuos que no tienen la menor vocación

LA CALABAZA MAYOR



¿A que se lo comen los cuervos del vaticano?

PRIMERA EXPOSICION COMUNAL DE ARTES INDUSTRIALES

Aunque nos motejen de atrabiliarios, incurriremos en la insolencia de pedir explicaciones a los ediles, marmoleros, velocipedistas, bomberos, bordador.is, pirograbadores, fotógrafos y zapateros...

La verdad: la masa amorfa no posee gustos determinados; sigue solamente la moda. En cambio, las industrias europeas buscan la colaboración de decoradores famosos...

Ciertamente, esta pregunta no les parecerá agradable ni cortés. Pero si las comisiones organizadoras se hubiesen limitado a bautizar a los concurrentes...

Justiciero era el denuesto provocado por sincera indignación, porque se pretendió mistificar al público recomendándole "el buen gusto y el chic" de los expositores...

La labor de los jurados ha sido ciega y obtusa. Se aceptó todo en bloque. No hubo selección y se prefirió la cantidad. Hacer número. Deslumbrar con la abundancia de las muestras...

Torneos de vanidad estos certámenes



JOSE THENEE — "Hierro forjado", Motivo decorativo

pomospos, pretextos para despilfarrar el dinero en protecciones a los protegidos de siempre, evidencian el bajo nivel de cultura en que se hallan los industriales...

en una palabra, no poseen la más remota noción de un todo orgánico, que en fin de cuentas constituye la obra de arte industrial o la que sea.

Uno de los ejemplos más elocuentes de esta desorientación estética de casi todos los concurrentes, es la exposición de hierros forjados de don José Thenée. No sabemos qué distinción hacer de los hierros estampados, vendidos en las ferreterías...

o chillón, es el resultado de su labor. Acostumbrados a las faenas comerciales, al verse impelidos a realizar algo extraordinario recurren a su fantasía que no responde, y, entonces, se toma de aquí y de allá, en cualquier parte, con deseos de deslumbrar...



A. GRAMAJO GUTIERREZ — "El Norte Argentino"

podían realizarlo y se lo permitía la totalidad del hierro. ¿Qué diríamos de un pintor moderno que copiara a Giotto y tuviera la triste pretensión de que otros percibiesen el espíritu grave, candoroso, del pintor primitivo?

Hemos abundado tanto en razones en torno de la misma idea, porque deseábamos establecer los límites que abarcan las artes industriales y las finalidades a que deberían aspirar.

Pasaremos ahora a los vitraux, a los vidrios pintados y cocidos. No existe un vitrolero que no haga alarde de lo que ignora, ni sabe.

Nos referimos a ese don de armonizar las masas plásticas y los colores, que es la ciencia de componer. Todos emprenden complicadas composiciones con sus correspondientes anecdotas, figuras, paisajes, y el inevitable pasticho desvaído, frío

acostumbrados a las faenas comerciales, al verse impelidos a realizar algo extraordinario recurren a su fantasía que no responde, y, entonces, se toma de aquí y de allá, en cualquier parte, con deseos de deslumbrar. El conjunto de estos elementos híbridos, tanto servirá para un mosaico como para un cuadro de caballete de bazar. En vez de tomar un sello motivo decorativo, un racimo de uvas, frutas, flores, y valorizarlas disponiéndolas armoniosamente...



AGUSTIN RIGANELLI — "Madera policromada"

a esos platos policromados, esos jarrones idem, tanto les valdría ser de yeso o papel mascado, porque nadie adivinaría que fuese madera si no lo escribe en un cartelito ad hoc. La técnica, la excesiva heramienta y su minuciosidad, mataron en esos objetos el carácter viril del árbol al cual primitivamente pertenecieron.

Rovatti peca de esos excesos, tanto, que una niña gótica, de labios pintados y descote generoso, ante uno de sus Cristos dorados y alisados con piedra pómez, dijo: — ¡Qué elegante es ese Jesús Nazareno!

Hay quien se cree místico, y a los ojos de los demás resulta elegante, coquetito, en una palabra, frívolo. Desean hacer llorar, y apenas si provocan la sonrisa excéptica y el gesto displicente. Quieren infundir la fé, y engendran el desconfianza.

En resumen, esta exposición nos ha convencido de lo que ya antes haríamos: que aquí no existe ni arte industrial ni del otro, y, lo peor, sin ganas de tenerlo, dado que nadie estudia, se informa, se aplica con esfuerzo constante e inteligente, para sobresalir de la claturra dominante.

Otra de las cosas que nos ha chocado es que no hubo siquiera alguna manifestación demostrando preocuparse por el obrero, el empleado, las clases humildes, poniendo al alcance de sus modestos bolsillos objetos de materia rústica concebidos con cierto criterio estético. Todo se proyectó para una sola clase, con la exclusión de todas las demás. Tampoco en esto estuvieron muy felices los organizadores.

Pero si no se puede pedir peras al olmo, ¿cómo exigiremos que esta gente, de golpe y porrazo sea lo que no es? Sería pretender que un imbécil se volviere de un momento a otro lumbrosamente inteligente. Hemos dicho esto sin ánimo de ofender a nadie.

At.

¿Para qué sirve la crítica?

¿Para qué? He ahí el terrible punto de interrogación que asalta la crítica desde el primer paso que quiere dar en su primer capítulo.

El artista reprocha, de entrada, a la crítica de no poder enseñar nada al burgués, que no quiere pintar ni mirar — ni al arte, puesto que es de sus entrañas que la crítica ha salido.

Y, sin embargo, ¿cuántos artistas de estos tiempos deben solamente a ella su pobre fama? Quizá esto sea el verdadero reproche que puede hacersele.

Habéis visto un dibujo de Gavarni presentando a un pintor inclinado sobre su tela; detrás de él un señor grave, seco, tieso y de corbata blanca, con su última crónica en la mano. "Si el arte es noble, la crítica es santa".

Habéis visto un dibujo de Gavarni presentando a un pintor inclinado sobre su tela; detrás de él un señor grave, seco, tieso y de corbata blanca, con su última crónica en la mano. "Si el arte es noble, la crítica es santa".

En materia de medios y procedimientos sacados de las obras (1), el público y el artista no tienen nada que aprender aquí.

Creo sinceramente que la mejor crítica es aquella que es entretenida y poética; no la fría y algebráica, que, so pretexto de explicar todo, no tiene ni odio ni amor, y se despoja voluntariamente de toda suerte del temperamento; si no — siendo un buen cuadro la naturaleza medida por un artista — aquella crítica que sea este cuadro meditado por un espíritu inteligente y sensible. Así, el mejor relato de un cuadro podría ser un soneto o una elegía.

Pero este género de crítica está destinado a las colecciones de poesías y a los lectores poéticos. En cuanto a la crítica propiamente dicha, espero que los filósofos comprenderán lo que voy a decir: para ser justa, es decir, para tener su razón de ser, la crítica debe ser parcial, apasionada, política, es decir, hecha desde un punto de vista exclusivo, pero desde un punto de vista que abra los mayores horizontes; y mejor aun si antes de ser críticos se han hecho conocimientos técnicos.

Exaltar la línea en detrimento del color, o el color a expensas de la línea, es sin duda, un punto de vista; pero no es ni muy amplio ni muy justo, y eso acusa gran ignorancia de los destinos particulares y un valor literario muy superficial.

Ignoráis en qué proporción la naturaleza ha mezclado, en cada espíritu, el gusto de la línea y el gusto del color, y por qué misteriosos procedimientos opera esta fusión, cuyo resultado es un cuadro.

Así, pues, un punto de vista más amplio será el individualismo bien entendido: pedir al artista la sencillez y la expresión sincera de su temperamento, ayudado de todos los medios que le ofrece su oficio.

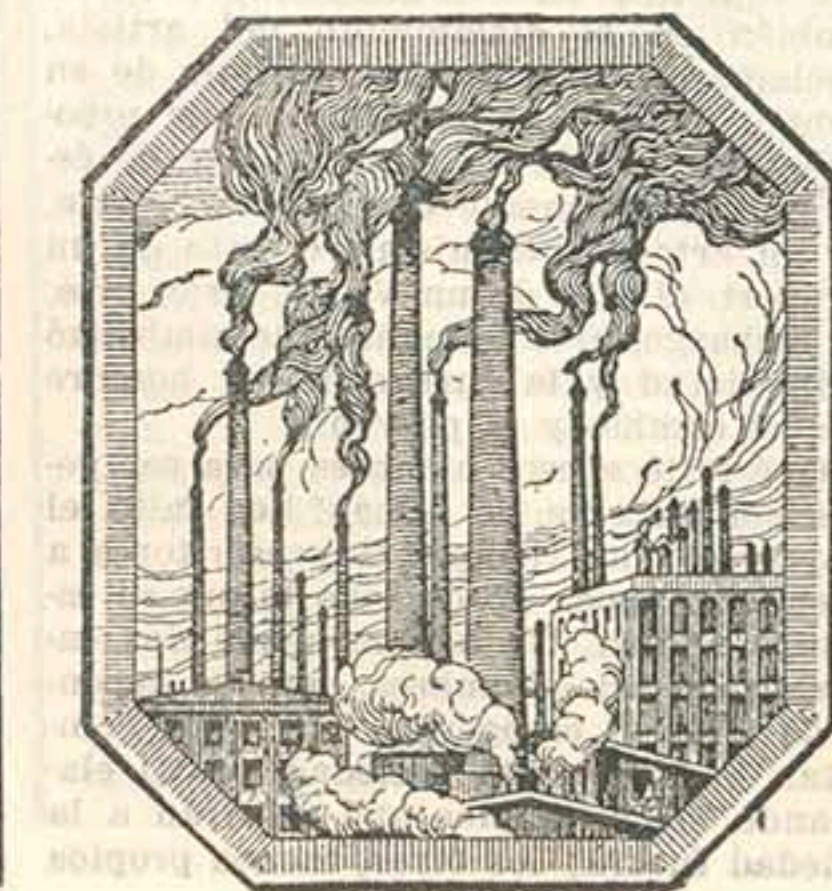
Quien no tiene temperamento no es digno de hacer cuadros, y estamos cansados de los imitadores y, sobre todo, de los ecléticos; debe entrar como obrero al servicio de un pintor dotado de temperamento.

En adelante, el crítico, munido de un criterio cierto, sacado de la naturaleza, debe cumplir su deber con pasión; pues por el hecho de ser crítico no se es menos hombre, y la pasión acerca a los temperamentos análogos y eleva la razón a nuevas alturas.

Stendhal ha dicho en alguna parte: "La pintura no es sino moral construida!" Entended esta palabra de moral en un sentido más o menos liberal, y se podrá decir otro tanto de todas las artes. Como se trata siempre de lo bello expresado por el sentimiento, la pasión y la meditación de cada uno, es decir, la variedad en la unidad, o las facetas diversas de lo absoluto, la crítica toca a cada momento los límites de la metafísica.

CHARLES BAUDELAIRE. París, 1846.

(1) Sé que la crítica actual tiene otras pretensiones; así, recomendará siempre el dibujo a los coloristas y el color a los dibujantes. Lo cual es de un gusto muy razonable y sublime.



EL PATO CIEGO

ALVARO YUNQUE

JOSEFINA es una desmedrada indiecilla de once años. Fea, su fealdad no inspira lástima; su debilidad no la atrae compasiones. Sus ojos gachos y turbios, la madeja de sus cabellos enmarañados y la amarillenta color de su piel, la hacen repulsiva. Su hurañez concluye por alejarla de todos, y todos se allegan sólo para golpearla. Tímida, no protesta; llora en silencio; su llanto no escandaliza, y la pobre ni esa postrer arma posee. Cuando la zurrán, escóndese para llorar, como si a quien le pegó quisiese ahorrarle el espectáculo de sus lágrimas.

Está de criada en casa de los señores Ramello; la señora la golpea, el señor la grita, la cocinera la estruja. Mansamente, Josefina soporta todo de aquellos tres seres agrios y viejos que no comprenden su tímida dulzura ni su nieñez amedrentada.

Mas la indiecilla tenía un amigo. Era un pato a quien el señor Ramello le sacara los ojos, pues pensaba convertirlo en "paté de foie gras". Josefina amaba al pobre pato ciego, un pato gordo que no se podía mover casi, y a quien hubo que sacar del gallinero para que no lo mataran a picotazos las demás aves. La chincuela vivió en aquel patio, indifeso como ella, un camarada: unafalo la desventura propia y la injusticia ajena.

Cuando los señores salían, cuando la cocinera quedábase dormitando junto al fogón, ella corría al fondo, a hablar con el pobre pato ciego. Llevábale migajas y, poquito a poco mientras se las ponía en el ancho pico, lo hablaba dulcemente, con todo el cariño inmenso que escondía en sus entrañas:

—Patio, patio mío, patio ciego; patio, patio. ¿Te gusta, eh? ¿Te gusta, patio? — ¡Cuá, cuánta! — hacía el pato y tragaba. — ¡Ah! ¿me das las gracias?, ¡gracias me dices, patio, patio gordo? Toma, come; come más, come... — ¡Cuá, cuánta! — hacía el pato, y tragaba.

Luego que el pato había comido, acariciábalo sin dejar de hablarle: — ¡Pobre patio, patio, patio querido, ¡dices cuánta, cuánta!, ¡dices que me quieres, cuánta, cuánta! — respondíale el pato. Ella reía y continuaba: — ¡Ja, ja, ja!, cuánta, cuánta, ¡pato ciego! ¿te han quitado los ojos, patio? ¡Pobre patio! Quieren que engordes, patio mío; quieren comer, patio. No engordes, patio, no engordes. — ¡Cuá, cuánta! — afectuosamente parecía responder el pato que se dejaba acariciar.

A veces interrumpía el idilio la áspera voz de la señora o el chillido de la cocinera que la llamaban:

—Josefina! ¿Eh, dónde te has metido, india bribona? Josefina entonces, rápidamente, daba un fuerte beso en la cabeza del pato y salía corriendo, corriendo y gritando: — ¡Aquí estoy, aquí estoy!... Eran Leda y el Cisne mitológicos; pero la Leda estaba reducida a una fea chinita y el Cisne a un gordo y sucio pato.

Varios meses duró el idilio; pero una noche, mientras comía, entró la señora a hablar con la cocinera; dijo: —Mañana va a matar el pato, ya está bastante gordo; ¿no le parece? —Sí, señora; está demasiado gordo y se puede morir si no lo matamos. —Recoja la sangre. —Está bien, señora.

Se fué el ama, y Josefina no pudo tragar un bocado más. Se le había hecho un nudo en la garganta, otro nudo en el estómago; faltábanle las fuerzas, pareciale que iba a desmayarse. No pudo ni llorar. Terminada la comida, como era verano, púsose al fresco. Le ardía la cabeza, las manos le temblaban. Hacía dos años que muriera su madre. Ella había llorado mucho; pero sin sentir lo que sentía ahora, esa desgana mortal, esa desazón que ni llorar permitiale.

¿Le mataban su amigo, su pobre pato ciego? ¿A quién iba a querer ella? ¿Al



gallio? ¿No! el gallio picaba. ¿A las gallinas? ¡Eran tan esquivas! ¿A los pollitos? ¡Su madre era tan brava!... ¡No, ella no quería a nadie más! Muerto su pobre pato, ya a nadie más tendría de amigo, ya con nadie más podría charlar, ya con nadie más podría besar, ¿a nadie!...

¡Ah, Josefina sintióse desdichada, enormemente desdichada; hubiera querido morir ella en vez del pobre pato ciego! ¿Cómo salvarlo? ¿Se arrojaría ante la señora pidiéndole que no matara al pato? Inútil, bien conocía ella a la señora, ¡qué pelliczo no la daría! ¿Pedirle al señor? ¿Acaso el señor renunciaría a ese "paté de foie gras" con el que se saboreaba de antemano, por no amargarla a ella?

Josefina se resignó a que su pato, su pobre amigo ciego, muriera. Ya resignada, lloró; lloró con un llanto apacible que la consolaba; lloró sin gemir, sin gritos, larga y silenciosamente...

De improviso tomó una resolución: despedirse de su amigo, hablarlo, besar lo por última vez, y dirigióse al fondo. Al oír su voz: — ¡Patio, patio ciego!

— ¡Cuá, cuánta! — respondió el infeliz condenado a muerte. La chiquilla fué a él, lo besó ardientemente en el pico, en la cabeza, en los ojos mítilos y entretanto le hablaba: — ¡Querido patio, patio ciego, vas a morir; te matan mañana, patio; ya no me verás más, patio querido; yo no te daré más pan; te van a comer, patio mío, patio ciego...

EL ESCRITOR Y EL ARTE SOCIAL

Conferencia pronunciada el 4 de abril de 1896 en París

(Conclusión)

Así sucede con la teoría del arte por el arte. ¿Por quién fué formulada? Por pequeños románticos y parnasianos...

para su medio, retroceden al pasado. Para ellos el arte se convierte en una ilusión que debe consolar la vida.

Este pesimismo de toda una parte de la literatura, pesimismo de un Vigny, de un Leconte de Lisle, de un Flaubert...

Son, esos decadentes y esos pretendidos simbolistas, la podredumbre de la burguesía. Declaran, con Maeterlinck, que los "escritos de los místicos son los más puros diamantes del tesoro prodigioso de la humanidad".

¿Se dirá ahora que el arte de los que acabo de citar fué un arte social? Fué social por una parte: por la simpatía profunda con que se lanzó en el pasado...

En otro tiempo los escritores vivían en su medio, los no adaptados vivieron fuera de él. Para eso se elaboraron teorías. La teoría del pannuffismo y la teoría de la aristocracia intelectual que la completó...

La obra no por eso dejó de ser realizada. Una casta de escribas ha sido creada, y el principal cuidado de esos escribas, cuidado de todas las clases determinadas...

¿Qué faltó a esos hombres para ser genios conductores de almas? Les faltó el adaptarse a su tiempo. Hay escritores a quienes su época no da todo lo que su espíritu reclama...

UNA POLEMICA DE INTERES PERMANENTE

La violencia anarquista

(Conclusión)

Nuestro ideal consiste en instituir un medio social del cual será eliminada toda prescripción o prohibición ejercida por vía de coacción o de represión.

Es por lo tanto cierto que, especulativamente, que sea ejercida o sufrida, la violencia no es anarquista. Se puede también encontrar otra prueba en nuestra voluntad ardiente...

Pero prácticos y realizadores, digan lo que quieran sus detractores interesados o ignorantes, los anarquistas no creen en la virtud mágica, en el poder milagroso de la persuasión...

Sin libertad para todos, no la hay para nadie.

Conozco a libertarios para quienes el problema social es y no es sino un problema de conciencia. Estiman que para vivir en anarquista no es indispensable que, sobre el plano histórico, el Ideal anarquista se haya realizado.

Estas tendencias, estas características, estos movimientos de las individualidades y de las colectividades, es lo que debe tomar el artista, animarlo, hacerlo tangible y plástico...

El principio de ese arte debe ser que la vida es buena y que sus manifestaciones son bellas. Sus fealdades son el producto del estado social. Para dar a la vida su belleza, es preciso pues que el arte ayude a su vez a transformar la sociedad...

ella, más o menos totalmente. Cuando más, se deciden a aspirar, suspirar y esparar.

Mi anarquismo es menos estrictamente personal y más activo; no encara, mejor: juzga irrealizable una liberación que se limitara a mí mismo.

Sé, en fin, que esta emancipación común indispensable a la mía, no puede resultar sino de un gesto de conjunto, de un esfuerzo colectivo...

La vida surge siempre rompiendo las trabas que se le oponen.

Los anarquistas son tiernos, afectuosos, sensibles. Por esto detestan la violencia. Si les fuera posible creer que realizarán con la dulzura y la persuasión su concepción de paz universal...

Pero prácticos y realizadores, digan lo que quieran sus detractores interesados o ignorantes, los anarquistas no creen en la virtud mágica, en el poder milagroso de la persuasión...

Esta convicción se apoya sobre el estudio imparcial de la historia, sobre el ejemplo de la naturaleza y los dictados de la razón.

La historia—no me refiero a la que los turiferarios de la fuerza triunfante y de los poderes despóticos han escrito, sino a aquella de la cual los pueblos trazaron los surcos al correr de largos siglos—esa historia nos enseña que en esos surcos han caído abundantemente las lágrimas...

Tal es la lección que se desprende del estudio minucioso, del examen imparcial de la historia.

La naturaleza une su gran voz a la de la historia poniendo bajo nuestros ojos el espectáculo incesante de la violencia rompiendo, en un momento dado, las resistencias que obstaculizan el nacimiento...

Es el trabajo que, con una ineluctable lentitud, se produce en la profundidad de los océanos o en las entrañas de la tierra, que después de proseguir imperceptible y casi inobservable, se afirma bruscamemente por formidables convulsiones

Y lo besaba, lo besaba enloquecidamente.

—¿Cuá, cuá!... —¿Qué dices, querido? ¿Sabes que vas a morir? ¿No lloras, patito? —¿Cuá, cuá, cuá, cuá!... —respondíale el pato.

Ella lo besaba, lo besaba sollozando... De la calleja, a la cual daban los fondos de la casa, llegaban las voces de unos chicos; jugaban:

—Pescador, pescador, ¿me dejará pasar? —¡Pasará, pasará, pero el último se quedará!

Josefina reconoció en el que habló último la voz de Ruperto. ¡Tuvo una corazonada!

Ruperto era un muchachote de su edad, pero sano y hermoso. Era bueno. Josefina lo suponía porque una vez en la que dos muchachos la estaban pegando, Ruperto la había defendido.

—¿Y no tenías miedo de esos? — preguntó ella admirada.

—¿Ni al diablo? —¡Ni al diablo! —¿Es bueno tu papá? —¡Sí, y mamá también es muy buena. —¿No te pegan nunca? —¡Nunca! ¿No te digo que son muy buenos?

Desde esta vez, Josefina no volvió a hablar con su salvador; véalo, jugando siempre con los chicos, gritón, fuerte; ¡y dábale un gusto verlo tan alegre y tan hermoso!

—Ruperto salvará a mi pato — pensó la atribulada criatura; — lo salvará como me salvó a mí.

Se asomó por una rendija del cercado: —¡Ruperto, oye, Ruperto! Acudid lo muchacho. —¿Eh, quién me llama? ¡Ah, Josefina! ¿Para qué me llamas? ¿Quieres jugar con nosotros?

—¡No! Te llamo para ofrecerte un pato. —¿Quieres un pato? —¿Un pato? ¡Bueno! —Espera.

Fué la chica y cogió el pato; tan gordo estaba que a duras penas pudo alzarle por encima del cercado.

—¡Toma! Ruperto se subió a unas piedras, y escribió las manos: —¡Adios, adios, patito, adios! — despidió la amante; — ¡adios, adios, patito ciego, adios! — y lo besaba intermitentemente en el pico, en la cabeza, en los ojos...

—¿Cuá, cuá, cuá!... —hacía el pato, como si se despidiera.

Ruperto lo cogió, y, balanceándose con su peso, echóse a la disparada.

¡Qué bien durmió Josefina aquella noche! ¡Qué sueño más descansado el suyo! ¡Cómo veía feliz a su patito en casa de Ruperto, junto a sus padres, a quienes ella no conocía; pero a los que veía buenos y sonrientes!

—¡Bribona, haragana, durmiendo todavía, y se han robado el pato!

Levantóse de un brinco. Mientras se vestía, oyó los alaridos de la señora, enterada por la cocinera del robo; luego los rugidos del amo, furibundo. Josefina temblaba, los dientes se le golpeaban de terror: ¡si llegaban a descubrirla!... Pero los otros ni pensaron en ella. El señor se fué a la comisaría, la señora a chismorrear por el vecindario, la cocinera salió de averiguaciones, y Josefina quedó sola, pensando en el patito ciego que ella salvara de la muerte. ¡Y qué feliz se sentía! ¡Oh, sí, le parecía que el pecho iba a abrirsele, y el corazón iba a salir de él, saltando como una pelota

Hasta dos días después no vió a Ruperto. Ella iba a un mandado; lo halló en la calle, correteando con otros chicleños. Se le acercó a preguntarle por su amigo:

—¿Y el pato, Ruperto? —El pato? ¡Aquí está! — respondió el otro, y se golpeaba el estómago. —¡Aquí está! Ella presintió lo horrible; pero quiso convencerse: —¿Qué, qué, qué? —¿Qué? ¡Que lo comimos! —¿Lo comieron? — aun tuvo valor para preguntar, desolada, aturdida, como cuando la golpeaban en la cabeza. —Y bien rico que estaba, bien rico y bien gordo! ¡Ja, ja, ja!... Rieron los otros chicos también. —¡Ja, ja, ja!... — Rieron sin saber por qué, por crueldad quizás de sus ojos espantados, del dolor que se traslucía por ellos...

Nada dijo la indiecilla; estaba tan acostumburada a sufrir, a soportarlo todo en silencio! Dióse vuelta y emprendió el camino de su casa. Sentía otra vez aquella desazón aplastante, aniquiladora, que sintió la noche en que supo que iban a matar a su pobre amigo.

Y ahora su amigo había muerto! No lo lloró Josefina, ya resignada a no verlo más; su desconsuelo era otro. Desconsolábala, sin ella saber que eso era precisamente, desconsolábala pensar que Ruperto era malo, que eran malos también los padres de Ruperto, malos como todos, como la señora, como el señor, como la cocinera, como los chicos de la calle, malos como todos los que ella conocía. Desconsolábala su engaño y, quizás también, pensar que, ¡infeliz!, debía vivir en un mundo de malos que comían a los pobres patos ciegos como su amigo y les pegaban a las chiquillas débiles como ella.

Anárquicas

El pensamiento anarquista involucra en su contenido moral, filosófico y social, la síntesis de la evolución ascendente del espíritu humano. En todos los tiempos y en todas las edades, los hombres sintieron en lo más íntimo de su naturaleza la necesidad de interpretar, comprender y explicarse todos aquellos fenómenos naturales que, por sus múltiples manifestaciones llegan a impresionar los sentidos que constituyen las facultades de su poderosa imaginación. Esta aptitud para interpretar y explicar el motivo y las causas generadoras de los fenómenos y sus manifestaciones en la vida de la naturaleza y de las sociedades humanas, ha hecho que los hombres, en la medida de sus conocimientos de las cosas, traten de organizar la vida social y establecer condiciones de convivencia que favorezcan el desarrollo de la vida del individuo y de la especie. La anarquía tiende a ello. De ahí que ella encarne y exprese el espíritu que al través de la historia de la civilización humana animó siempre a las generaciones que nos precedieron en el curso de la vida. Esta aptitud, este deseo, esta inquietud por alcanzar un mayor grado de bienestar y de civilización en provecho de la especie humana no puede ser impedido ni extirpado del espíritu y del corazón humano, porque no hay, no hubo ni habrá nada ni nadie capaz de torcer, anular o aniquilar los más apreciados atributos que por ley irrevocable de la naturaleza distinguen al hombre de las bestias.

Las instituciones como los sistemas de convivencia social que no responden a los conocimientos y a las palpitaciones del espíritu que preocupan y aminoran la vida de los hombres, han perdido su razón de ser porque carecen del apoyo moral, y en consecuencia no satisfacen el sentimiento de justicia ni representan el concepto de la libertad que, en virtud de los nuevos conocimientos y de las experiencias adquiridas en el curso de la evolución humana, los hombres se ven precisados a modificar con las conquistas del pensamiento humano. Las instituciones sociales que no responden a los ideales del porvenir que impulsan la vida de la humanidad, están condenadas a desaparecer por inútiles y perjudiciales a la vida social de los pueblos. — H.

Suscripción mensual a LA PROTESTA, diario y al SUPLEMENTO, semanal DOS PESOS

geológicas, incendiando, inundando, invirtiendo, bajando, nivelando.

Es, en las regiones volcánicas, la masa incandescente, que después de salir a las montañas a intervalos cada vez menores y con más fuerza, se abre violentamente un paso hasta el cráter y vomita turbiones de fuego.

Es el suelo surcado por infiltraciones que se reúnen, forman poco a poco una capa de agua, ejercen sobre la superficie de la tierra una presión violenta y, rompiéndola, surgen en fuente cristalina.

Es el niño, que, después de haberse desarrollado nueve meses en el vientre de la madre, se evade, la gestación terminada, de la prisión maternal; hace estallar las paredes, entreabre y rasga todo lo que se opone a su paso y nace en el dolor y la efusión de sangre.

En fin, los dictados de la razón afirman los de la naturaleza y de la historia.

La más elemental y simple razón proclama que contar con la buena voluntad de los gobiernos y los ricos, es una verdadera locura; que los que están allí, estimando que sus privilegios son justos y que su salvaguardia es indispensable al bien público, condenan como malhechores, y como tales los tratan, a todos los que intentan desposeerlos de la fortuna y el poder; que si se rodean de gendarmes y soldados es para lanzarlos, al menor asomo de revuelta, contra sus enemigos de clase; que si sucede por casualidad que consienten cercenar un poquito su explotación o su dominación es para hacer la parte del fuego y salvar el resto; pero jamás, nunca consentirán en perderlo todo y en consecuencia será preciso, tarde o temprano, arrancárselo por la fuerza. He aquí lo que dice la razón, de acuerdo con la naturaleza y la historia.

La violencia es fatal e indispensable para el triunfo.—

Me queda por indicar de qué naturaleza es la violencia que los anarquistas, por la necesidad de la lucha que han emprendido y que están firmemente empeñados en llevar hasta el fin, tienen la obligación de encarar como una fatalidad, lamentable, pero ineluctable.

Es Andrés Colomer que va a respondernos:

Si la violencia debiera servirnos únicamente para rechazar la violencia, si no debiéramos asignarle fines positivos, tanto valdría renunciar a participar como anarquistas en el movimiento social, tanto valdría entregarse a una labor de educacionista o adherirse a los principios autoritarios de un período transitorio. Porque yo no confundo la violencia anarquista con la fuerza pública. La violencia anarquista no se justifica con un derecho; no crea leyes; no condena jurídicamente; no tiene representantes regulares; no es ejercida ni por agentes ni por comisarios, así sean del pueblo; no se hace respetar ni en las escuelas ni por los tribunales; no se establece, se desencadena; no detiene a la Revolución, sino que la hace marchar sin cesar; no defiende a la Sociedad contra los ataques del individuo; es el acto del individuo afirmando su voluntad de vivir en el bienestar y en la libertad.

En fin, me queda por precisar en qué condiciones, con qué espíritu, qué fin y hasta qué límites los anarquistas entienden hacer uso de la violencia.

El indomable y puro militante Malatesta se encarga de decirnoslo:

La violencia no es sino demasiado necesaria para resistir a la violencia adversa y nosotros debemos predicarla si no queremos que las condiciones actuales de esclavitud disimulada en que se encuentra la gran mayoría de la humanidad persistan y empeoren. Pero ella contiene en sí misma el peligro de transformar la revolución en una batalla brutal sin luz de ideal y sin posibilidad de resultados bienhechores. Es por lo cual es preciso insistir sobre las finalidades morales del movimiento y sobre la necesidad, sobre el deber de contener la violencia en los límites de la estricta necesidad.

Nosotros no decimos que la violencia es buena cuando somos nosotros los que la empleamos y mala cuando los otros la emplean contra nosotros. Decimos que la violencia es justificable, es buena, es moral, es un deber cuando se emplea para la propia defensa y la defensa de los otros contra las pretensiones de los violentos, y decimos que es mala, que es "in-

moral" si sirve para violar la libertad de otros.

No somos pacifistas, porque la paz es imposible si ella no es querida por las dos partes.

Consideramos que la violencia es una necesidad y un deber para la defensa, pero para la sola defensa. Naturalmente, no se trata únicamente de defensa contra el ataque material, directo, inmediato, sino contra todas las instituciones que por la violencia tienen a los hombres en la esclavitud.

Estamos contra el fascismo y quisieramos que se lo venciera oponiendo a sus violencias mayores violencias. Y estamos ante todo contra todo gobierno, que es la violencia permanente.

Però nuestra violencia debe ser resistencia de hombres contra brutos y no lucha feroz de bestias contra bestias.

TODA LA VIOLENCIA NECESARIA PARA VENCER, PERO NADA MAS, NI PEOR.

No he agotado los argumentos que podría oponer a la tesis de Elosu: ¡hay tanto que decir sobre el asunto!

Podría justificar el recurso a la violencia anarquista por todas las consideraciones pertinentes al caso de legítima defensa.

Podría demostrar que propagando la rebeldía en toda forma, sin excluir la rebelión armada, permanezco fiel a los orígenes más lejanos del movimiento anarquista y su constante tradición.

Podría probar que la violencia cotidiana ejercida por los gobiernos es de una ferocidad que no podrá superar jamás la que nosotros proclamamos una necesidad, y que causa miserias, sufrimientos, duelos que no igualaría la violencia anarquista más ferocemente desencadenada.

Podría citar el ejemplo del cirujano que para salvar el cuerpo entero practica el corte de un miembro y que a nadie se le ocurre acusar de crueldad!

Podría citar esta confesión lapidaria, esta declaración cínica pero exacta, que todo el mundo conoce: "Entre los partidarios y los enemigos del régimen actual, la cuestión es de fuerzas!"

Però esta refutación de la tesis sostenida por Elosu es ya bastante larga y espero que parecerá decisiva a mis lectores.

SEBASTIAN FAURE

Rol del proletariado contra la guerra

Contestando a una encuesta del diario "Worwaerts", del 20 de septiembre de 1905.—

Considero deber de todo hombre contestar a una tan grave cuestión como esta que se somete a las conciencias.

El interés económico no basta para comprender la violencia y el deseo de dominación de los hombres, por los cuales sufrimos. Es necesario invocar razones de un orden más elevado que el mero interés material y al que los individuos sacrifican diariamente sus pasiones.

El proletariado posee un medio inmediato de trabajar por la paz del mundo: y es renunciar a la corrección brutal y a la injuria a los niños. "No peguéis, no injuriéis a vuestros hijos", son las palabras que debería escribirse sobre el frente de toda casa. Es en la familia donde se cultiva la violencia y por la cual se prepara la esclavitud y la servidumbre del proletariado.

Es esa miserable herencia del derecho paternal sin control, que nos prepara a la obediencia absurda, a la resignación de los golpes en la escuela, en la fábrica, en el cuartel y, en fin, nos lleva a la carnicería en masa de los campos de batalla.

Y es porque los hombres aman sus hijos solamente como los animales aman sus cachorros, que los envían al matadero. Que los amen y los estimen como su propio porvenir, su pensamiento más alto, y que los admiren también como conciencias de futuros tiempos más justos, y,

de este modo, su consentimiento para morir les exigiría razones tan elevadas como aquellas para las cuales ellos vivieron.

Hace siglos que los hombres se devuelven los golpes que recibieron de niños; que el ente individual renuncie a la brutalidad y a la injuria, y escapará a la violencia colectiva, resultado de la injusticia de los individuos.

FILOSOFIA DEL ARTE

(Extractado de "Notas de un proyecto de Academia de Bellas Artes")

Su razón como iniciadora en la comprensión de las leyes de la naturaleza. La expresión y el poder de alcance de nuestras facultades. Es imprescindible que la función bienhechora y necesaria del artista sea bien definida.

Repetir y comentar esta idea. Para mayor convencimiento del artista y la nobleza y la utilidad de su objetivo, infundarle el horror y el desprecio por el parásito, y no admitir que el arte y el artista no sean más que una fuente indispensable al hombre para conocerse como unidad moral y física, es decir como la criatura que caede en el Universo.

Es inculcando la convicción del apostolado heroico del artista, como la servilidad del arte falso, pornográfico y la adulación a los poderosos y la riqueza, que será mareado a fuego, inspirando el disgusto.

EUGENE CARRIERE

(Del libro "Ecrits et Lettres choisies")

Azorin, antes y después de la Academia

La actitud que frente a escritores y Prensa ha adoptado Azorin después de ser elegido académico, es sencillamente indignante. Jamás se ha visto un ejemplar mezclado de arribismo desenfundado con cinismo absoluto tan descarnado como Azorin.

Hacia años, muchos años, que Azorin encaminaba sus lentos pasos y sus ridículos tartamudeos literarios a un pueblecito; la Academia Española. Para lograr el arribo feliz no vaciló en los procedimientos; todos eran buenos: la adulación privada y pública, derramada a

raudales; el P. E. N. Club; la francofilia (todo tiene en Azorin su explicación y su por qué): la política.

Desde el P. E. N. Club, a los postres, en el Orden del día, con su oratoria asmática, y su estilo sin oxígeno, predicaba la buena nueva, como un zancarrón redivivo: la fraternidad entre artistas, el compañerismo... Todos, decía, todos los escritores y novelistas, aun los que más se opongan a nuestro temperamento, tienen su razón de ser en el Arte; todos son necesarios... disculpemos, amemos al compañero, repeta... Y al mismo tiempo que encendía una vela a Unamuno, encendía otra a la prudencia, a la mesura...

Pues todo no era más que Academia, deseo de Academia, sueño de Academia... Quería y le convenía que no se alzase una voz protestando contra lo inaudito, a saber: que un señor que ni siquiera es escritor, que no sabe construir oraciones de más de seis palabras, vaya a la Academia con el elogio unánime de la Prensa, con la tolerancia y hasta el beneplácito de los escritores, de tantos escritores que valen infinitamente más que él, y que ni son ni quizá serán nunca miembros de la ilustre casa...

Y ya es académico. ¿Y qué hace Azorin? Primero, bombardear cínicamente a Urgoiti, el enemigo personal de Luca de Tena — a quien Azorin debe cuanto es literariamente—, y después, en ABC, publicar dos artículos plenos de disnea y mala fe, negando a todos los escritores españoles y ridiculizando a todos los periódicos... "Sólo se publican libros pintarrajeados y falaces". "No existe la Prensa en España. La censura previa es un bien", viene a decir el mauro-ciervista francófilo... ¿Pero qué se puede esperar de un señor que con el mayor aplomo hace en uno de sus libros la cálida apología del cinismo?

Los dos artículos a que antes aludimos, y su conducta de antes de la Academia, constituyen la más perfecta síntesis espiritual del anciano botafumeiro de Maura.

X. X.

Todo lo que se universaliza, sea un error o una verdad, adquiere un valor metafísico, y es posible que sea más fácil de universalizar lo falso que lo verdadero; la verdad tiene siempre un carácter más concreto, y por lo tanto más particular y más resistente. — GUYAU.

Dibujo de W. Kraus



¡ABAJO LA GUERRA!